

En el Comedia

Estreno de "La plaza de Berkeley", de John L. Balderston y J. C. Squire, versión española de José López Rubio



Enrique A. Diosdado

(Berkeley Square), de John L. Balderston, en colaboración con J. C. Squire, en versión española de José López Rubio.

La fantasía pródiga y exuberante de los autores muéstrase rica en matices en el desarrollo de un sugestivo y complicado tema de no fácil penetración a las mentes, que han de asimilarse en el breve espacio de una representación teatral, lo que en el libro necesitara páginas y capítulos y estudio y meditación extensos para profundizar en la entraña del asunto que plantean en tres actos divididos en cinco cuadros con un solo intermedio.

"La plaza de Berkeley" pertenece al teatro llamado de ideas, en el que los simbolismos suelen ser sus más destacadas características para su mejor expresión y comprensión. Porque las ideas, de excesiva amplitud, como las de esta comedia, en el teatro han de ceñirse a lo esencial, contrariamente a lo que ocurre en el cine, que puede abarcar épocas, periodos y distancias apenas sin limitación. "La plaza de Berkeley", en la pantalla, tuvo, hace bastantes años, una bella plasmación.

La idea fundamental que preside en esta comedia, en su fase expansiva, enlaza dos épocas distintas — siglo XVIII y siglo XX — en el clásico sentido espiritual que como esencia del alma humana mantiénese vivo; las ideas, luego, toman forma personal y adquieren un simbolismo recio, agudo, de extraordinaria originalidad. Y ya tenemos a la comedia en plena demostración, recta y rápida hacia sus objetivos.

La acción se inicia — concretándose — el 23 de octubre de 1784, en Londres. El cuadro segundo, el mismo día y mes del año 1951. Vuélvese después al año 1784 y en él transcurre la acción hasta el cuadro final, continuación del de 1951.

Los autores muestran el contraste de dos civilizaciones opuestas, la puritana y conservadora inglesa y la norteamericana, abierta a la civilización y al progreso, con su ruda franqueza primitiva, a raíz de su independencia.

El norteamericano "Peter", emparentado con la familia inglesa "Pettigrew", va a Londres a casarse con una de sus primas, la destinada a él, dispuesta al yugo matrimonial para sacar a los suyos de la ruina. Pero el destino, o sea el corazón humano, cambia las cosas. Y "Peter" enamórase de la hermana de aquélla, espíritu sutil, romántico, como el de él; dos almas gemelas que se encuentran y se aman, en bello simbolismo espiritual que en el humano vivir debe unir a los hombres y a los pueblos, en la paz y la concordia. "Peter" es un soñador, vislumbra el progreso de su nación, tal como hoy aparece rectora del mundo. Y se lo infiltra por afinidad de sentimientos a "Helen", a la que ama. Y juntos sueñan con el progreso industrial, los rascacielos, la bomba atómica... en una escena impregnada de poesía, volando hacia un ideal que hoy es una realidad tangible.

"La plaza de Berkeley" es una magnífica comedia de humor, bella y teatralmente lograda, espiritualmente humana, aguda en la intención y profunda en sentimientos vividos por unos personajes del gran mundo inglés, magistralmente observados y dibujados en su peculiar idiosincrasia y ambiente. Y José López Rubio, genial artífice adaptador de la obra, ha realizado una versión de la mejor calidad literaria.

La interpretación, así como la presentación de la comedia, excepcionalmente artísticas por todos conceptos.

A Enrique A. Diosdado no se le puede pedir ni más perfección ni más naturalidad. El difícil "Peter" fue encarnado por este excelente actor de modo insuperable, en gesto, ademanes y reacciones.

Lo mismo cabe decir, por no repetir, de la inteligente actriz Blanca de Silos y de la tierna y sensible Mari Carmen Díaz de Mendoza, que hacia su presentación anoche.

Adolfo Marsillach, como siempre, a tono, y, comprensivo de su papel, supo con arte darle el matiz propio y natural que su personaje, "Tom Pettigrew", requiere.

Y todos, Carmen Seco, Berta Rianza, Pepita C. Velázquez, Amelia de

la Torre, Ana María Ventura, Mercedes Albert, Gaspar Campos, José Luis López, Miguel Angel y Gabriel Miranda, merecen los mayores elogios por su admirable labor.

El público quedó prendido en la obra desde el primer momento, siguió su curso con atención e interés y aplaudió con entusiasmo en los tres actos, requiriendo al proscenio a los artistas reiteradamente.

MANUEL DE CALA